

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
SUPLEMENTO ILUSTRADO
DIRECTOR ARTÍSTICO: DON JOSÉ GARTNER DE LA PEÑA.

AÑO II-Nº 36

Madrid Julio de 1895

OFICINAS- FACTOR, 7.

PELAYO.



CRONOTIPIA - F. FORTUNY

ZARAGOZA

DESDE EL BALCÓN DE MI ESTUDIO.



EL GATO DEL TONTO Y EL TONTO DEL REY

CAPÍTULO I

En que se habla de un rey muy grande, de una isla muy chica y de un bando contra los gatos.

Pues, señor, este era un rey muy grande, tan grande, que para que reinara tuvieron que matar miles de nombres en toda Europa, fueron echados a pique centenares de barcos, rúfidos las naciones más poderosas de la tierra, y después que reinó en dos pueblos distintos, para asegurar su fama y resombre volvió a degollarse, entró a franceses, italianos, tedescos, austríacos, y españoles, y quedaron también debajo del Océano las embarcaciones más poderosas y formidables de los mares.

Este rey, tal crateteo de Luis XIV y taburruño de reyes que vivió todavía, cuando no se ocupaba en la guerra y en la gobernación del mundo, se distraía cazando e inoculaba a sus hijos que la única ocupación digna de un monarca era la de jugar, perseguir y matar a tiro limpio ciervos, liebres, perdices y faisanes, especie de dulce ensayo para las otras luchas más heroicas que llenan de sangre y de gloria los anales de la humanidad.

El gran rey era maestro soberano en toda clase de cetería y venatoria, y como sumo inteligente, en cada lugar de sus dominios cultivaba un ramo especial de sus ejercicios, y de las escogidas víctimas a quién hacía el honor de matarlo.

Precisamente había, y hay aun, a una milla de su capital una isla, pequeño paraíso, que surge en el sitio más hermoso del mundo. Como diría un poeta del antiguo régimen era y es una esmeralda engarzada entre torquesas y zafiros.

En la tal isla, que se llamó Précida entre los antiguos y Précida hasta nuestros tiempos, y de donde se supuso que era natural el bijo que canta en la ópera de Verdi *Le vegre siciliana*,—los que aducían para mostrar la gratitud que nos debe el lector, por no proponerle a mayores disquisiciones históricas sobre los orígenes, vicisitudes y orígenes de aquel peñón de tierra napolitana,—fueron en hacer era y en cumplir el precepto bíblico de crecer y multiplicarse los faisanes más vistosos, mejor plantados, más robustos y sencillos de cuanto era el gordo terruño.

En la isla, insurrecta no era otra que la de los gatos, los cuales, morrogos, verdaderas plébe de la isla precitana, se habían desarrollado y crecido al par de los faisanes, y ya fueran de la casta angolina, ya morisco, ya romano, ya de esos gatacos negros, de locote pantigudo y más alibul, ya de aquellos blancos como el ayo de la tierra con ralo indoloso y tras, así los cuidados por sus señores, como los parias de la cocina, y el bato, bato, púdicos habidos y puesto de sociedad para desfogar la vetosa más sutil y las

trabanerías más sornunas en la casa y destrucción de las aves del César.

Después de un día en que a las puertas del propio palacio un morroño cínico y desalmado cometió el delito de leer majestad de destruir en dos zarpazos uno de los faisanes favoritos del rey, privando al glorioso monarca de la dicha de desceparle un tiro pocos momentos después.

La indignación regia no tuvo límites; hubo un cambio de ministerio y varias graves cuestiones de etiqueta, despidió alzado al embajador del rey de Cerdeña y faltó poco para que sobreviniera una conflagración europea. Pero, al cabo, después de leer un trozo del *Tratado de Seneca*, capítulo III, sobre la ira, refrenó la cólera y se limitó a publicar un bando, en el que se decía:

«De orden de S. M. el rey (que Dios guarde) serán desde hoy estrangulados, amuchilados ó ahogados en el mar todos los gatos de la isla de Précida. Cualquier habitante de pueblo, de campo ó de la costa, que conserve un gato, si fuera por la paga que se le pague y será degradado, debiendo ser ahorcado el gato del bato de su casa, y si fuera plebeyo ó inculador de la ley, será azotado por mano del verdugo en la plaza pública, teniendo colgado del cuello mientras tanto el cuerpo del delito, después de lo cual irá a bogar en las galeras reales por toda su vida. Los agentes de la autoridad que no procedan con el rigor debido, incurrirán en la misma pena.

Desorden de S. M.—El sinitico, *Expositario*.

CAPÍTULO II

Un tonto, un gato, un corcheto y otra porción de zarandajas.

Si los gatos hubieran sabido leer, su espanto habría sido terrible. Afortunadamente desconocían a la casa de faisanes, no habían tenido lugar para darse a la lectura y los espantados fueron sus dueños.

La degollina de gatos comenzó apenas se publicó el bando, con verdadero encarnizamiento, y aun la de los ingenuos en Francia y la de los micos en la Alcaparra, fueron degollinas mínimas comparadas con la gatinia precitana.

El rey se acordó todos los días con verdadera detestación de las espantables crímenes de la matanza, y su primer ministro, después de acostumbrado resaca político, en el que se refería concienzamente los principales sucesos de Europa, todas de príncipes, planes de reparto, debilidades de reinas y conaciones de ministros, terminaba siempre con estas palabras: «hoy setecientos».

Era el número de los gatos muertos a mano airada, no el de los embrollados de las cortes europeas, que hubieran alcanzado seguramente mayor suma.

por aquellos días, pueden leer los eruditos las siguientes líneas:

«Una porción de tierra rodeada de gatos muertos por todas partes.»

Esta definición asegura la autenticidad de nuestro relato. Pero ocurrió que cierto sujeto infeliz, a quien todos apellidaban el «Tonto» en Précida, lo cual no quiere decir que lo fuese allí, ni en ninguna parte, tenía un gato hermosísimo, al cual profesaba un cariño sin límites, porque aquel gato y el nombre de Tonto era ya todo lo que le quedaba sobre la tierra.

Nuestro hombre nació pobre; de ahí sin duda su apodo, y se casó por compartir con alguien su miseria. Tuvo dos hijas, a las cuales aminoró con un afecto supremo de los padres pobres que no pueden dar más que el amor, y como los corazones bondadosos son insaciables, además de su mujer y sus dos hijas había cargado con un gato, animal que era la alegría de la casa, y que todos los errores, a guisa de nigar, andaba por los tejados, leyendo en las estrellas los bienes que el año nuevo iba a proporcionar a sus amos.

Las felicidades no llegaron nunca, pero en cambio llegó la muerte, llevándose primero a la madre y después a las dos hijas, víctimas de una epidemia variolosa, súbitamente desarrollada en la isla; y las dos niñas infelices, que no habían tenido en su infancia más compañeros de juegos que el gato, aun en el instante de morir le acariciaban como solían acariciarle al tiempo de dormirse, porque ya lo dijo Hamlet, sin sospechar que luego lo pasarán en música.

«¡Mejor gloriam, quién sabe!..»

De esta manera, el Tonto se quedó solo con el gato en aquel hogar tenebroso, donde la adversidad y el felineo asaban a cada instante las uñas, y fueron, por la ley de las compensaciones, poniéndose el hombre cada día más flaco, el animal cada vez más gordo; chapaleo aquel, por las faenas, crecido éste por los mimos y halagos de su dueño, que le daba codicioso sobre su lustroso piel la última furtiva huella de las masas de sus hijas.

Cuando el Tonto supo lo del bando regio, su terror fue insólito. Como un monarca que tantos súbditos y tantos cortesanos tenía, le iba a quitar a él el único animal de su compañía y de su afecto!

«No, no morirás!—exclamaba enternecido contemplando al soberbio gataco—yo sobré escudete, yo sobré libarito de las iras del rey y de las iras de todos. Tú eres toda mi familia; en tí se cifran todos mis recuerdos sobre tu piel querida; las últimas caricias de mis hijas... Tu está sola, sola, sola parera.»

El Tonto sabía latín, como casi todos los tontos.

Y efectivamente, poniendo manos a la obra, tabicó la puerta de una habitación recóndita, dejando solo cierto espacio, a modo de gatera, cuya existencia disimulaba, colocada delante un mueble. En aquel sombrío encierro, por liberarle de la muerte, emparejó a su gato, sin saber el infeliz que acababa de inventar los emparejados de gatos, plébe ganancia de los *restauradores* y delicia de los *fiés* o *clerk* de nuestros días.

Acomodado a la gatera pasó el bato del Tonto sus más dulces horas, recreando los oídos de su gato con todos los apatativos corintios del idioma italiano, y para ayudarle al sueño, restituyó algunos de los muchos instantes de la vida de la prisión, le leía las obras literarias del primer ministro del rey, escritas con suma de adormideras e impresas sin una sola errata, con los ojos cerrados por los siete durmientes.

Otros días le cambiaba ratones en los demás estantes de la casa y se los llevaba a su cabal para que el morroño se distrajera en su Bastilla, y se los comiera luego, y de este modo iba pasando el animal sus horas de prisión, sino feliz, como en la amada libertad, al menos acomodado y satisfecho como un rancho que tuviera por cárcel su sillón del coro.

Más ocurrió que un corcheto llamado Saltamontes, y obispo en toda la isla por sus vientos, pasando cierto día por delante de la casa del Tonto, arrojó las narices y dijo: «Huele a gato.»

«¿Cómo no habla de olor los gatos la policía de aquellos dichosos tiempos en los cuales todavía se acuchilaba púdicamente?»

Saltamontes, después de pasar los ó tres veces con la nariz al aire por delante de la suadicha casa, se decidió a realizar en ella un minucioso registro, invocando los preceptos del bando del rey.

Al infeliz del Tonto le acometieron sudores de muerte; todo el tiempo que duró la peticiosa visita; más quiso la fortuna que el cabal gatano no fuese descubierto y el bardo Saltamontes salió furioso de la casa del crimen, diciendo entre dientes: «Y, sin embargo, huele a gato!»

A los pocos días se distrajo de jugar, cosa no mal vista, a lo que parece, entre los napolitanos de aquel tiempo, y con el aspecto de una viejecilla arrugada y acrosca, se fue a solicitar al Tonto que le enseñase su gato para conlance de la miseria del ayo, muy querido, y ojeado ya por las bárbaras órdenes del monarca.

Tampoco esta astucia le sirvió el apeteido efecto, pues el receloso Tonto negó repetidas veces la existencia de su prisionero felino. Entonces Saltamontes decidió, como último recurso, convertirse en gato.

Mediaba enero y las noches eran frías y serenas como las pudiera imaginar la poetisa más clásica y gatinia. Saltamontes pasó del tejado vecino al de la casa del Tonto, y amparándose en la oscuridad proyectada por una buhardilla, comenzó a maullar de un modo delirado y tembloroso, como el suspiro de una virgen. Después, súbitamente, pasó de aquel tenso maullido al potente y desahogado de la pasión que se desahora, volviendo luego, por sucesivas gradaciones, a maullar en falsete, lo mismo que una poetisa que no encuentra su ideal sobre el tejado.

Y cuando eran sus notas más lastimeras y más lánguidas, de pronto se oye un ruido en la buhardilla vecina, asomar dos ojos de fuego, se escuchaba una respiración ahogada y saltó valiente un cuerpo sobre las extraheridas tejas.

«¿Qué es esto?—preguntó el ministro, que permanecía en pie, serio, reservado, cortésísimo.»

«El espectáculo, hombre, el espectáculo! ¡De prisioneros, de PRISIONEROS!»

«Señor—contestó el ministro,—toda Précida debe regocijarse con la alegría de su soberano; pero la asistencia de los ratones en la isla merece severo castigo.»

«Ahora recuerdo que algo me ha indicado sobre la portentosa abundancia de estos animales en Précida.»

«V. M. lo ha dicho: portentosa abundancia. Es tal, que a nada puede compararse. Los ejércitos de esta invasión exceden en número y estrategia a los de Jerjes; nada respetan, y como la muerte»

«Y a qué obedeció el mal?—preguntó el rey. Señor, emole el tiempo recitar las obras de los hombres, aun de aquellos más experimentados y sabios que ocupan el solio para felicidad de los pueblos.»

«Al grano, al grano—interrumpió el monarca, que sabía a qué atenerse sobre la oratoria de su ministro.»

«Mejor pudiera decirse al gato, al gato, porque de gatos se trata—dijo el ministro.»

«¿Qué es eso de gatos?—dijo el rey con alguna impaciencia—tan presente que yo no transigo con los gatos.»

«Mirad, señor, que fueron calumniados. Ciertos que algunos, llevados de sus instintos feroces, atacaron a vuestros faisanes; pero amparados de esta mala fama que los gatos tenían, muchos hicieron el negocio de dedicarse a robar aquellas aves, burlando la vigilancia de los guardas y moneros, los cuales justificaban sus descuidos atribuyendo a los gatos la rapina. Mirad, señor, que algo análogo sucede ahora con la plaga de ratones, pues el sinitico Kapanidharu ha poco que justificó la desaparición de ciertos famosos expedientes, diciendo que los habían devorados los ratones que infestaban su oficina. Creo, en suma, que la venida de los gatos a la isla es necesaria, y la mortandad que de ellos se hizo en otros tiempos no reportó otro beneficio que el de hacer medrar a los pastores.»

«Los pastores!—dijo el rey. Si, señor, porque enterraban en hojaldre cuantos gatos lograban, y lo expandían como liebre a los parroquianos. V. M. sabe, como experimentadísimo cazador que es, cuán raras y codiciadas son las liebres en la isla.»

«Y está seguro de que la venida de los gatos haría cesar la plaga?»

«Segurísimo, señor, segurísimo. La experiencia me lo ha demostrado. Mi casa en la devesa del territorio que se ha visto libre de ratones, y en mi casa ahora se ya de decirlo, señor! hay gato, gato encerrado, gato infestativo y benemerito, gato a quien el destino confió, sin duda, la misión de vindicar su raza; mi gato es el gato del Tonto.»

Oyó el rey con pasmo la confesión de su consejero, y no sabemos adónde hubiera llegado con él su enojo, si el asistente ministro no se hubiera adelantado a dar explicaciones que disparan la cólera del soberano.

«Ya recordaría, señor—dijo,—aquel Tonto que fue azotado y condenado a galeras por haber ocultado su gato; pues bien, el animalito logró fugarse, como es público y notorio, y halló refugio seguro en mis jardines; do árbol en árbol fué en peregrinación el fugitivo; y por un coño hermosísimo que llega con sus ramas a los balcones de mi hijo, de mi genitil Laureta, llegó a introducirse en las habitaciones de ella. Precisamente así hijo lloraba en aquellos días la pérdida de su gato predilecto; a quien yo expuse de casa, en justo escatamiento del odio, y tuvo a milagro la aparición de aquel morroño, en todo y por todo semejante al que mi severidad le arrebatara. Lo ocultó a mis miradas, le educó con sumero, educación en toda clase de púdicotes y monerías, y un día en que me felicita de ver que mientras todas las casas de Précida sufrían el ratonil azote, la mía permaneciese convertida en un arca de Noé.»

«¿Quieres conocer a quién debes esta tranquilidad?»

«Con mucho gusto—la respondí, creyendo que se bromeaba.»

«Pues aquí tienes—me dijo—al autor del milagro.»

Y abriendo una de las puertas llamó al gato y apareció éste lentamente en el salón, erguido la cabeza, arqueado el lomo, la cola enhiesta, maullando dulce y caritativamente, con un laito de seda rojo al cuello, que hacía resaltar más la blancura purpúrea de su piel, cubierta de sedosa y esculpidas hebras.

No tuvo fuerzas para indignarme, señor; Laureta me contó lo ocurrido y desde entonces el gato vive, siendo la alegría de la casa.

«¿Qué el rey maravillado de oír tan peregrina historia; pero aunque el ministro le instó a que revocase el edicto, no accedió por el momento a ello, retirándose a sus habitaciones, diciendo que consultaría el caso con la almohada, pues no era cosa de proceder de ligero en cuestión tan grave.»

Y es fama que una vez acostado le hicieron pasar tales molestias los ratones, que hubo de desahogar a media noche un gentilhuero de cámara al palacio de su primer ministro para que trajera el gato, el cual, una vez introducido en la real estancia, infundió con sus maullidos tal espanto en los ratones, que ninguno se atrevió a invernar de su agujero. Con lo cual el soberano dirimió muy rídicamente hasta bien entrado el día, y apenas dormido revocó el edicto anti-gatano y concedió indulto general para la gente que en galeras padecía el delito de haber poseído y ocultado gatos.

Précida entera aplaudió al magnánimo monarca.

«Y éste, flaco, demodrado y llevado en las costillas dolorosas hebras del látigo del émitico, volvió a Précida el Tonto, después de haber sufrido durante cuatro años penalidades sin cuento en la banda de una galera.

Al llegar, lo primero que hizo fue reclamar su gato, aquel gato a quien había sacrificado toda su vida y en quien estaba vinculados todos los afectos de su alma; pero bajo pretextos que los cronistas de la época no especifican, fué denegada la justa pretensión de aquel infeliz.

Entonces, como último consuelo, pidió que le dejaran acariciarlo una vez siquiera, y esta merced le fué concedida.

Pero el gato; oh vil perdidia! acostumbrado a bandos rogatos y aristocráticos mimos, apenas se vió oprinado por las toscas manos del galeote,



Las contracciones del dolor estremecían a cada arrote el cuerpo del Tonto, y entonces el gato, su propio gato, su adorado morroño, clavábase bulando las afiladas uñas en el desnudo y ensangrentado pecho.

El pueblo, que presenciaba el suplicio, no se burlaba de ver, porque los pueblos y los gatos tienen para la gratitud las mismas afiladas uñas.

Al fin, el Tonto, haciendo un supremo esfuerzo, pudo romper la cuerda que sujetaba al gato, y este, pagando uno de esos saltos inverosímiles que tienen los felinos en su repertorio, pasó sobre las cabezas de la multitud y se escabulló en la inconfundible de unos jardines próximos.

«¡Vete libre y sé feliz!—exclamó el Tonto cayendo a tierra desahogado, mientras se oían los clarines que anunciaban la salida del monarca para su acostumbrada expedición venatoria.»

De esta suerte aquel mismo día estaba el gato en libertad, el soberano cazando y el Tonto puesto al remo en las galeras reales.

Pero Dios es muy justo y este nuestro verídico relato tiene sus tercera parte, que dará mucho que pensar al lector que salve los dos primeros capítulos y continúe leyendo.

CAPÍTULO III

El triunfo de los mininos y apoteosis.

Pasaron cuatro años y al cabo de ellos pudo decirse que la raza gatinia había desaparecido del territorio precitano. Únicamente el gato del Tonto consiguió sobrevivir a la general matanza, y eso que fué protegido y puesta a precio de oro en cobera para estímulo de malasas codicias.

Pero el minino, como muchos grandes criminales de aquella y de esta época, no pudo ser habido.

Entretanto se desarrollaba en Précida un fenómeno que trala en perpetuo desmoronado a los ciudadanos y producía no menor preocupación en los gobernantes.

Se trataba nada menos que de una invasión formidable, extraordinaria y nunca vista de ratas, ratones y raticónes, que salaban por campos y ciudades, talando plantíos, devorando cosechas, minando edificios y destruyendo las provisiones de la despensa, las ropas, los pergaminos y los papales guardados en los más seguros y mejores muebles de las casas.

Desde los tiempos heroicos de la raza ratonil, desde aquellas tremendas combates que con las ranas sostuvieron los ratones, y que no desahogó cantarlos el genio sublime de Homero, jamás vió el mundo tan innumerales, fuertes y amonadoras legiones ratoniles como las que entonces cruzaron triunfadoras la Précida.

Todos los medios se pusieron en práctica para conjurar el mal; se prodigó el veneno por los rincones de las casas, dióse la gente a inventar ratoneras, opop y trampas, se importó a la isla perros adiestrados en tan oscura y degradante casa, y hasta se organizaron grandes partidas de la perra que por las noches recorrían setanos, lodazgos, atarjes y demás antros de la Précida subterránea, dando encaminadas latidas a los ratos y ratas, ratones y raticónes que señoreaban aquellos tenebrosos dominios.

Nada de esto resultó eficaz; los ratones dejaban intactas las empozadas plébeas; pasaban de largo ante las ratoneras, no faltando quienes tuviesen audacia bastante para sacar a pulso el incitante cebo; hacían huir las ratas con su gigantesca corpulencia y feroz acometividad a los perros, dejándolos escarmentados para intentar nuevas persecuciones; y por lo que se refiere a la partida de la perra, fácilmente esquivaban los astucos aquellos enfilados roedores con su natural agilidad y ligereza.

Por último, cierto sabio que acabó de ponerse calvo y mope en estos estudios, lanzó a la publicidad una atrevida estadística sobre el incremento que la casta ratonil había tomado durante los cuatro últimos años en la microscópica isla de Précida—párrafo íntegro decía el sabio que redactó la Memoria en latín para mayor claridad.

Y en este luminoso documento, el sabio de marras, que era gran humanista, luego de encontrar con los más clásicos giros de las elegancias latinas, las énfasis del clima de Nápoles, descendía hasta los más prosaicos y menudos detalles de la procreación entre aquellos sanos y pestilentes roedores.

Ad, por ejemplo, tenía en cuenta el número de hembras de aquella casta que podía haber en Précida a la fecha del edicto contra los gatos; calculaba la fecundidad aproximada de cada una, y después, por una serie de multiplicaciones, llegaba a la conclusión final, que paso copiado en el ánimo de todos los precitanos cuando fué del dominio público. (Trescientos millones de ratones, salvo error de pluma ó suma, albergaba en su seno la desventurada Précida!)

Hubo al llegar el monarca, en una de sus excursiones, gran recepción y besamanos, al cual accedió, según costumbre, lo más florido y grandioso en alcarria y opulencia de la isla.

Así estaba el gran salón de actos del regio alcazar lleno de damas hermosísimas, de caballeros galbados de papicillos apuestos.

Polaban las músicas de armoniosos acordeos los aires; bulaban gentilísimas parejas; rociaban nobles y ministros al monarca, regalándole las orzjas con adulationes y líceas; se hacía complacido el César, cuando una media docena de ratas, de leonada piel, recios bigotes y ondulantes rabos, huyendo de tan descomulgado ruido y aparato, cruzaron el salón en demanda de sus ignorados escondrijos.

Se presencia prodajo en el concuro confusión desmedida; de las señoras, unas cayeron acometidas de fuertes espantos en los divanes; otras corrían en competencia con las ratas, lanzando chillidos como si estuvieran en trance de muerte; no pocas se subieron sobre las sillas y sill temblaban como arrojadas y sacudían los vuelos del vestido, mostrando los más deliciosos chapines que por entonces bellaron tierra napolitana; y una de ellas hubo que arremangándose desahogadamente el tontillo, dió al aire en loca carrera las precoces arecas que guardaban las prendas más recónditas de su persona.

Restableció el orden con la heroica medida de listros capitanes que rindieron a cuchilladas los domagónicos bigotes, hazaña que sirvió de base a algunos insignes títulos, pero hubo que dar por terminada la recepción y era el monar-



«No, no morirás!—exclamaba enternecido contemplando al soberbio gataco—yo sobré escudete, yo sobré libarito de las iras del rey y de las iras de todos. Tú eres toda mi familia; en tí se cifran todos mis recuerdos sobre tu piel querida; las últimas caricias de mis hijas... Tu está sola, sola, sola parera.»

El Tonto sabía latín, como casi todos los tontos.

Y efectivamente, poniendo manos a la obra, tabicó la puerta de una habitación recóndita, dejando solo cierto espacio, a modo de gatera, cuya existencia disimulaba, colocada delante un mueble. En aquel sombrío encierro, por liberarle de la muerte, emparejó a su gato, sin saber el infeliz que acababa de inventar los emparejados de gatos, plébe ganancia de los restauradores y delicia de los fiés o clerk de nuestros días.

Acomodado a la gatera pasó el bato del Tonto sus más dulces horas, recreando los oídos de su gato con todos los apatativos corintios del idioma italiano, y para ayudarle al sueño, restituyó algunos de los muchos instantes de la vida de la prisión, le leía las obras literarias del primer ministro del rey, escritas con suma de adormideras e impresas sin una sola errata, con los ojos cerrados por los siete durmientes.

Otros días le cambiaba ratones en los demás estantes de la casa y se los llevaba a su cabal para que el morroño se distrajera en su Bastilla, y se los comiera luego, y de este modo iba pasando el animal sus horas de prisión, sino feliz, como en la amada libertad, al menos acomodado y satisfecho como un rancho que tuviera por cárcel su sillón del coro.

Más ocurrió que un corcheto llamado Saltamontes, y obispo en toda la isla por sus vientos, pasando cierto día por delante de la casa del Tonto, arrojó las narices y dijo: «Huele a gato.»

«¿Cómo no habla de olor los gatos la policía de aquellos dichosos tiempos en los cuales todavía se acuchilaba púdicamente?»

Saltamontes, después de pasar los ó tres veces con la nariz al aire por delante de la suadicha casa, se decidió a realizar en ella un minucioso registro, invocando los preceptos del bando del rey.

Al infeliz del Tonto le acometieron sudores de muerte; todo el tiempo que duró la peticiosa visita; más quiso la fortuna que el cabal gatano no fuese descubierto y el bardo Saltamontes salió furioso de la casa del crimen, diciendo entre dientes: «Y, sin embargo, huele a gato!»

A los pocos días se distrajo de jugar, cosa no mal vista, a lo que parece, entre los napolitanos de aquel tiempo, y con el aspecto de una viejecilla arrugada y acrosca, se fue a solicitar al Tonto que le enseñase su gato para conlance de la miseria del ayo, muy querido, y ojeado ya por las bárbaras órdenes del monarca.

Tampoco esta astucia le sirvió el apeteido efecto, pues el receloso Tonto negó repetidas veces la existencia de su prisionero felino. Entonces Saltamontes decidió, como último recurso, convertirse en gato.

Mediaba enero y las noches eran frías y serenas como las pudiera imaginar la poetisa más clásica y gatinia. Saltamontes pasó del tejado vecino al de la casa del Tonto, y amparándose en la oscuridad proyectada por una buhardilla, comenzó a maullar de un modo delirado y tembloroso, como el suspiro de una virgen. Después, súbitamente, pasó de aquel tenso maullido al potente y desahogado de la pasión que se desahora, volviendo luego, por sucesivas gradaciones, a maullar en falsete, lo mismo que una poetisa que no encuentra su ideal sobre el tejado.



CAPÍTULO II

Un tonto, un gato, un corcheto y otra porción de zarandajas.

Si los gatos hubieran sabido leer, su espanto habría sido terrible. Afortunadamente desconocían a la casa de faisanes, no habían tenido lugar para darse a la lectura y los espantados fueron sus dueños.

La degollina de gatos comenzó apenas se publicó el bando, con verdadero encarnizamiento, y aun la de los ingenuos en Francia y la de los micos en la Alcaparra, fueron degollinas mínimas comparadas con la gatinia precitana.

El rey se acordó todos los días con verdadera detestación de las espantables crímenes de la matanza, y su primer ministro, después de acostumbrado resaca político, en el que se refería concienzamente los principales sucesos de Europa, todas de príncipes, planes de reparto, debilidades de reinas y conaciones de ministros, terminaba siempre con estas palabras: «hoy setecientos».

Era el número de los gatos muertos a mano airada, no el de los embrollados de las cortes europeas, que hubieran alcanzado seguramente mayor suma.

El rey respondía con su más despierto gesto: «¿Qué no queda ni uno? y el primer ministro añadía cortosamente: «Nadie podrá maullar en la isla mientras V. M. no lo consienta.»

Y así era cierto, porque no iba quedando un gato para maullarlo, y como los cadáveres de los felinos eran arrojados al mar, se vela por todo el costado de la costa que los precitanos habían efectivamente llevado sus gatos al agua.

Además, en los tratados geográficos escritos

en el primero en desearlo, pues le retocaba la rias en el cuerpo y la estigeta palatina volábase estas regocijadas expansiones.

Cuando se vió a solas con su primer ministro, fué cuando soltando una franca carejada, mostró el rey su buen humor.

«De prisioneros! ¡de prisioneros!—dijo con voz entrecortada por la risa.»

«El qué, señor?—preguntó el ministro, que permanecía en pie, serio, reservado, cortésísimo.»

«El espectáculo, hombre, el espectáculo! ¡De prisioneros, de PRISIONEROS!»

«Señor—contestó el ministro,—toda Précida debe regocijarse con la alegría de su soberano; pero la asistencia de los ratones en la isla merece severo castigo.»

«Ahora recuerdo que algo me ha indicado sobre la portentosa abundancia de estos animales en Précida.»

«V. M. lo ha dicho: portentosa abundancia. Es tal, que a nada puede compararse. Los ejércitos de esta invasión exceden en número y estrategia a los de Jerjes; nada respetan, y como la muerte»

«Y a qué obedeció el mal?—preguntó el rey. Señor, emole el tiempo recitar las obras de los hombres, aun de aquellos más experimentados y sabios que ocupan el solio para felicidad de los pueblos.»

«Al grano, al grano—interrumpió el monarca, que sabía a qué atenerse sobre la oratoria de su ministro.»

«Mejor pudiera decirse al gato, al gato, porque de gatos se trata—dijo el ministro.»

«¿Qué es eso de gatos?—dijo el rey con alguna impaciencia—tan presente que yo no transigo con los gatos.»

«Mirad, señor, que fueron calumniados. Ciertos que algunos, llevados de sus instintos feroces, atacaron a vuestros faisanes; pero amparados de esta mala fama que los gatos tenían, muchos hicieron el negocio de dedicarse a robar aquellas aves, burlando la vigilancia de los guardas y moneros, los cuales justificaban sus descuidos atribuyendo a los gatos la rapina. Mirad, señor, que algo análogo sucede ahora con la plaga de ratones, pues el sinitico Kapanidhar

recias y escocelidas de estar al remo, cuando rechazó la curia con cuatro arañazos y escapóse desahogado en espantables bufidos su cédula.

Al pobre hombre se le saltaron las lágrimas de dolor y de pena y retiróse muy triste á su tugurio.

Poco tiempo después, no pudiendo olvidar la ingratitude del morrosgo, murió el Tonto de una pasión de ánima.

Esta fue la mayor tontería que comió en su vida.

En cuanto al gato, vivió feliz y dichoso largos años, mimado por el rey y por la corte.

De los ratones nadie volvió á acorralar.

Y colorín colorado, así cuenta se ha acabado.

GATÓFILO'S.



INVECTIVA CONTRA UNA PARRA

que le habia cubierto la galeria por do solta su señora ordinariamente mostrara.

DEL SIGLO XV

Parra por mi mal nacido que así me tienes mi amor, eclipsado, de camellos seas pacida, y tu tronco en su vigor sea talado.

Como más triste y oclioa que el mabito árbol de Adán, tu presencia, pues que m'ascondes la rosa que desternaba mi aden en tu ausencia.

Tu helad y tu verdura que se desliza en mi dar allición, se convierta en negrecura, y véala yo tornar en carbón.

Tus ramas tan extendidas, tus hojas encaramadas hacia el cielo, véalas yo desparcidas, véalas yo derramadas por el suelo.

Andes siempre entre los pies, de tal fuego seas quemada, cual Sodoma, no la raza de Moisés, ó véste yo tornada en carcoma.

Perdieron ya los ríos sonrosos sus listas azules, su verdura los árboles frondosos, su luz las alboradas. Perdieron ya las nubes sus suaves tintas y resplandores, sus perfumes las brisas, y las aves sus plumas de colores. Decina el astro, cuya luz gilaña la creosita matiza. (Todo es pálido ya como esta cana de color de ceniza)

¡Ah! ¡Cuán presto cedió á la noche oscura la clara luz del día!

¡Qué en breve se extinguió la llama para de un sol que ayer lucía!

Como se deshicieron, desmayados, cual sombras mortuorias, mis sueños de esperanza, coronados de triunfos y de gloria!

¿Dónde irán ya mis ojos que no vean oscuras y ruinas?

¿Qué palparán mis manos que no sean creaciones mortuorias?

Yo sé el origen, con detalles crueltos, de esta argentada hebra; ¡Alguien holió una flor en mis vergeles y espantó esta cubera! Los que feción creosita la amargura que rebosa mi lira.



M. PEÑA MUÑOZ.—Apunte de Asturias.

Y porque más no persiga, bellas mal inclinadas, los humanos, seas roída de hormigas y de orugas horrelada, ó de gusanos.

El agua y el sol te falten, deshecho de sí la tierra tus raigones, furiosos rayos te asalten, seas podada con sierra y azulesos.

Seas en tallos comida, pues que me encubres la faz desada; véste yo consumida, y antes de tener agras seas helada.

Noé, gran culpa tuviste cuando la parra plantaste tan malfere; con ella medestruido, aunque sus daños probaste tú el primero.

Mas pues Febo es el autor que esta planta mal criada tanto creosa, sin duda tiene tenor que la estrella allí encerrada se oscureca.

ANDRÉS LAGUNA.

LA PRIMERA CANA

¡Hé! Brilla en mi sien la mensajera de la vejez sin brío. Cuando andar asistí mi castellera, sentí en el alma frío. ¡Hé! sí, de la noche de mi vida constelación inerte, viene á alumbrar la agena comprendida jornada de la muerte. Lava de mis volcanes apagada, humo de mis ideas, nieve caída en primavera helada, ¡que bien vendida seas!

¡Decid si de esta cana la blancura, es verdad ó es mentira! Decid, decid, los que creosita vana mi infinita tristesa, ¡quién, si no fué el dolor, prendió esta cana en mi jóven cabeza?

¡Despertad, insensatos! La tortura de un corazón ardiente condenado á llevar ¡ay! promasura! ¡la vejez en la frente!

Mujo en las tumbas y en el hombre canas,



EMILIO SALA.—Estudio á pluma.

de muerte es signo cierto; cuando en el hombre las hebras tempranas, ¡es que temprano ha muerto!

Lava de mis volcanes apagada, humo de mis ideas, Nieve caída en primavera helada, ¡que bien vendida seas!

M. CURROS Y ENRIQUEZ.

EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO

En la Edad Media era muy general la creencia de que el infierno y el purgatorio se hallaban en el centro de la tierra, ocupando sus profundas y tenebrosas cavidades, antros horribles en que los pecadores pagaban las penas que habían merecido por sus culpas. Muchos hombres ilustrados por el estudio, aceptaban y defendían esta opinión.

El número de abismos, pozos y grutas inexpugnables, que posaban entre las basinas gentes como otras tantas bocas del infierno, era grande, sobre todo en las comarcas montañosas, y no había campesino ó viajero que no creyera que el desgraciado que aventurándose en uno de aquellos lugares, había desaparecido para siempre, se hallaba ya condenado, habiendo hecho su ingreso en el averno por una de sus muchas comunicaciones con la superficie de la tierra.

Esto es muy sabido; pero no lo es tanto que en Irlanda, en una localidad pequeña del Longh Derg, entre las estériles montañas y pantanos del condado del Donegal, había un lugar que llegó á ser célebre en toda Europa durante algunos siglos. Ni la leyenda del preste Juan de las Indias ni la del Judío Errante, con sus eternas peregrinaciones, eran tan populares ni despertaban tanto interés como la caverna llamada el Purgatorio de San Patricio.

Eso era natural, pues aquellas antiguas leyendas no tenían á su favor testigos presenciales y la gruta de Irlanda estaba allí con su convento cercano, sus frailes que la permitían ver, y los visitantes, tan audaces como piosos, que habiendo estado en ella, contaban cosas estupendas.

Refiere la tradición que cuando San Patricio trató de arrasar al degradado pueblo de Irlanda del abismo de la bobatría, enseñábase que era el infierno; pero los irlandeses, duros de cerviz y de fragateras, obstinaron en no creer estas enseñanzas si no las veían confirmadas por el testimonio de los sentidos. El Santo pidió entonces á Dios que obrase un prodigio, concediéndole poder suficiente para convencer á aquel rebaño de incrédulos, y á poco le fue revelado el lugar de una profunda caverna, por la que podía entrar una sola persona y ver por sí misma el castigo de los pecadores.

Construyó en aquel sitio una abadía, en la que estableció á varios monjes, y cerró la caverna con gruesa puerta de hierro cuya llave guardaba el Prior. Ho aquí ahora las reglas que debía observar cada uno de los que emprendían la aventura de visitar la gruta misteriosa:

Primamente obtener la venia del Obispo de su diócesis, que hacia lo posible por disuadirle de la empresa; si, á pesar de ello, persistía, le daba una carta de recomendación para el prior de la abadía.

A su llegada á la isla el peregrino era advertido nuevamente de los peligros del purgatorio; pero si después de esta segunda advertencia permanecía aún firme, se le hacía entrar en la iglesia, donde tenía que pasar quince días en ayunos y oraciones. En la mañana del día decimosexto era llevado en procesión á la caverna, cuya puerta se cerraba tras él luego que había entrado, y se se volvía á abrir hasta la mañana siguiente; entonces, si el visitante se hallaba vivo, era recibido con gran regocijo, y después de pasar otros quince días en oración, se le permitía volver á su casa. Si al abrir la puerta no parecía, era señal que había muerto, en cuyo caso cerrábase el agujero y no se volvía á mencionar el nombre del

desgraciado. Era costumbre no discutir, según dice Jacobo Vitrucio, que el que entraba allí no estando verdaderamente arrepentido, era arrastrado por los demonios y medía la veis más. El que salía libre de la visita, se creía exento por completo de todos los pecados y libre de las penas merecidas.

No es extraño, pues, que este lugar fuese considerado como el prodigio mayor de aquellos tiempos. Cada nación suministraba héroes para esta empresa que superaba con mucho á los combates, pues no se trataba de luchar con hombres, sino con seres sobrenaturales.

Muchos de manuscritos irlandeses é ingleses referidos á esta tradición se conservan todavía inéditos conteniendo preciosos detalles y hechos asombrosos.

A mediados del siglo XIII, mucho tiempo antes de que el Dante cantara sus visiones del infierno y del purgatorio, Enrique de Saltery, en el condado de Huntington, escribió en prosa latina la historia de las aventuras de cierto caballero peregrino de la gruta: narración que circuló por toda Europa y fué traducida en verso á muchas lenguas. El Museo Británico aun conserva algunas de estas versiones.

Según ellas, el caballero sir Owen, servidor del rey Esteban de Inglaterra, conyó por sus muchos pecados y no contento con las penitencias que su Obispo le imponía, penetró, cumplidos los requisitos ordinarios, en la cueva. Encuentró allí primeramente hombres que parecían sacerdotales y le alentaban á proseguir; luego monstruos que le amenazaron, sin arredrarle. Pasó después por lugares en que sintió excesivo frío, y luego por otros donde hacia calor abrasante. Más allá fué arrojado á una sima, por la que co-

En la biblioteca arzobispal de Armagh hay otra carta de recomendación al Prior de San Patricio, escrita en 1305 por el Prelado en favor de Juan Bannan y de Guido Cassi. En otra que expidió Ricardo II en 1307, autorizaba á Raimundo, conde de Perilhos (el español Perelló) y gentilhombre de Carlos VI de Francia, para ir á la gruta con su séquito de veinte hombres y treinta caballos. Este señor también escribió una relación de sus aventuras, cuya versión latina está incluida en la Historia de Irlanda de Felipe O'Sullivan, y apenas difiere de lo referido por sir Owen.

A principios del siglo XV, un tal Guillermo Scamton describe también una serie de aventuras no copiada de las anteriores, pero coincidiendo con ellas en lo principal.

Eso duró hasta fines del siglo XV, cuando Dios, que conatoce y no pasa siempre, según el adagio, se valió, para dar á la gruta el golpe mortal de un religioso holandés. El buzo del fraile, lleno de fervor, pidió á sus superiores permiso para hacer la visita; leguló á Longh Derg, halló que los religiosos de la abadía le exigieron crecidos derechos por dejarle entrar, sin consideración á su estado religioso y á la pobreza á él inherente. Indignado porque tales y tan santas cosas se facilitaran sólo por dinero, aus á los sacerdotes y los pobres (ad venta sucediendo hacia ya siglos), recurrió al Obispo mas este, no atreviéndose á contrariar á los monjes, envió al rey, quien concedió la solicitud franquicia, expidiendo un documento que el Prior leyó indignado y furioso; pero no tuvo más remedio que abrir la puerta al testarudo fraile holandés. Entre otros cosas amaba el juego! No hay peor cucha que la de la misma madera.

Encerrado el extranjero en la caverna, transcurrió los veinticuatro mortales horas sin experimentar en ella fenómeno alguno extraordinario, terrible ni halagüeño; y como era creyente y fervoroso, juzgó que el Señor, en castigo á la codicia de los monjes, había hecho coas el milagro.

Mas lo ferviente no quita lo inteligente, y el buen fraile, á quien vieron salir en silencio los de la abadía, creyendo que todo había concluido, se fué á Roma para contar lo sucedido al Padre Santo, y el resultado de la denuncia, según consta en los *Actas de Hislor*, fecha 1497, fué que el Papa hizo destruir la caverna después de examinado bien el asunto. De las relaciones que afirmaban tales milagros, deducíase no pequeña contradicción con el dogma del purgatorio y del paraíso celestial, esto aparte de que ningún autor de sólida crédito lo ha dado en sus obras á las relaciones referidas, ni á la historia de Mateo de Paris, benedictino inglés que murió en 1259. Como San Patricio fue hombre tan eminente, la leyenda hubo de atribuirle, como á otros santos, multitud de prodigios cuya veracidad la Iglesia no sancionó jamás. De esto, lo más que puede creerse es que el Santo morase por cierto tiempo en alguna gruta visitada luego por penitentes que en ella purgaban sus culpas con austeridades, de donde le vendría el nombre de purgatorio; y que en ella ó en otra semejante dieran asueño en entrar con benedictio de los frailes de la inmediata abadía, acaso no exento de toda complicidad en las relaciones lincosas, muy útiles para ellos, de los muchos visionarios ó embaucadores de aquellos tiempos.

Así concluyó la caverna célebre en toda Europa durante algunos siglos, sobre lo cual tanto se discutó y escribió, sirviendo también á nuestro



M. PEÑA MUÑOZ.—Estudio.

ría un arroyo infecto; metieronlo luego en un pozo de fango, y por último atravesó el puente resbaladizo y estrecho llamado de la imposibilidad, en que terminan sus trabajos al ser conducido á una mansión deliciosa como un paraíso, donde hubiera permanecido para siempre; pero se vió obligado á volver á la tierra por el mismo camino que emprendiera al entrar.

Bien pronto, vuelto á la corte, dió publicidad á sus trabajos.

Existe una carta del rey Eduardo III concedida al caballero de Rimini, Malatesta Ungaris, en testimonio de haber hecho la peregrinación á San Patricio en debida forma, según certificación del Prior y de Almarico de San Arnabó.

Calderón de la Barca de asunto para una comedia, y por último, al eruditísimo P. Feijó para destruir en un artículo de su *Teatro Crítico*, mediante irrefutables pruebas dogmáticas históricas, una creencia no basada en sólidos fundamentos.

EL DEVOTO PARLANTE

CANTARES

Si atope al dios Amor concidirá con tu reposo, que os entre todos los niños el niño más revoltoso.

Si piensas que borra el tiempo los recuerdos del pasado, tu conciencia te dirá que vivas equivocado.

El amor es un arroyo que, al par que va caminando, ve de lejos los escollos, pero no puede evitarlos.

Pena me das, vida mía, pues veo con sentimiento en tu hermosa primavera brotar una flor de invierno.

El recuerdo de tu imagen ni aun conmigo morirá; si el alma se eleva al cielo, al cielo con ella irá.

Marinero era mi amante, y el mar fué su sepultura; ni el consuelo me ha quedado de llorar junto á tu tumba!

Con el fuego de tus ojos encendiste mi querer; qué lástima que los míos no logren corresponderte!

No me digas si ni no déjame en la duda, niña, que puedo morir de pena ó enloquecer de alegría.

M. SERRANO DE ITURRIAGA.

LA CAZA DEL ZORRO, POR SERVETO



LOS TIROLESES
EMPRESA ANUNCIARIA

Oficinas: Barco-Nuevo, 7 y 9.
MADRID.
TELÉFONO 391

AGUA DE COLONIA
DE **SANCHOZOCANA**
PARA LA VISTA

la Cabeza y excelente producto de colorador altamente recomendable para el cabello por su aroma tan exquisito y su acción tan saludable sobre el cuero cabelludo. Ptas. 1.000. Farmacia Atucha nº 33 (frente Relatores)

AGENCIA DE RICARDO STORR
ANUNCIOS DE MADRID Y PROVINCIAS
para todos los periódicos

Tarifas de precios, se envían gratis a quien las pida a las Oficinas: Calle de E. Miguel, nº 11 duplicado, principal, izda.

Madrid

La Papelera Aragonesa

ZARAGOZA

FÁBRICAS DE PAPEL CONTINUO DE TINA

CONSULTORIO MÉDICO-QUIRÚRGICO INTERNACIONAL.
Dirigido por 9 médicos especialistas de diferentes naciones y D.ª Amelia Cavazzuti especialista en enfermedades de la matriz y un cirujano alemán.

ABERTO DE 9 A 7 DE LA TARDE

MADRID
Puerta del Sol, 8.-Arenal, 1.-Mayor, 2.

Agencia de Publicidad
EMILIO CORTES
DESEÑADO, 23.-PRAL

Grandes descuentos en todos los periódicos. Anuncios en los sitios públicos.

FÁBRICA DE CERVEZAS Y BEBIDAS GASEOSAS DE LAVAPIES - VALENCIA, 1
DESPACHO, PUERTA DEL SOL, 1
MADRID.
CLEMENTE SANCHEZ

CERVEZA Alemana Baviera Fuerte Doble
GASEOSA Limón Naranja Zarzaparrilla Agua de Seltz

EXPORTACIÓN A PROVINCIAS.

TELÉFONOS 869 y 47

EL COSMOS EDITORIAL

MORÓN PASTOR & C.ª
LA PRIMERA CASA Editorial

EN ESPAÑA en la publicación de novelas de los principales y más renombrados autores Europeos.

MADRID.

CARDENAL CISNEROS, 65 y 66.
Pídanse Catálogos.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz
Con escalas en Puerto-Rico y Progreso y combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas mensuales.—El 10 y 20 de Cádiz, el 20 de Santander.

Línea de Filipinas
Con escalas en Port-Said, Adén, Colombo y Singapur; servicio a Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones y Kurachoo y Bushiro (Golfo Pérsico), Zanzibar y Mozambique (costa oriental de Africa), Bombay, Calcuta, Saigón, Sidney, Batavia, Hong-Kong, Shangay, Hyoyo y Yokohama.—Salidas cada cuatro semanas de Liverpool, con escalas en Coruña, Vigo, Lisboa (facultativa), Cádiz, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde saldrán cada cuatro viernes a partir del 6 de enero de 1896.

Línea de Buenos-Aires
Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Seis viajes anuales, partiendo de Marsella, con escalas en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Línea de Fernando Poo
Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año partiendo de Marsella y con escalas en Barcelona y Cádiz.

Servicios de África
Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona a Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.—Servicio de Tánger.—El vapor Joaquín del Piélago sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Cádiz los martes, jueves y sábados.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Ofrece a los anunciantes e industriales combinaciones de publicidad en condiciones de precios excepcionales. Envía tarifas a las personas que las pidan.

SE ADMITEN SEQUELAS DE REPRODUCCIÓN Y UNIVERSARIO.

OFICINAS
6 y 8 ALCALA 6 y 8.
TELÉFONO 517.

SOCIEDAD VIZCAYA
FÁBRICA EN SESTAO

La mayor productora en España, de linótype y acero **MARTIN SIEMENS.**
Linótype al coke de calidad superior para **BESSEMER.**
MARTIN-SIEMENS, fundición y pulelaje; clases especiales como resistencia para máquinas
Productos laminados de hierro y acero en viguetas, carriles, barras, etc., etc.
Dirigirse al Gerente de la Sociedad **"VIZCAYA"**
BILBAO.

EXPORTACIÓN A PROVINCIAS Y ULTRAMAR

LITOGRAFIA DE **La Portabella**
Independencia, 23
Zaragoza